

***La Filosofía y el Mal* Julio Quesada Martín. Síntesis
Madrid 2005, 443 pp.**

IGNACIO QUEPONS RAMÍREZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Sin lugar a dudas, el tema del mal constituye uno de los problemas metafísicos clásicos del pensamiento filosófico. La patencia del mal está presente a cada instante en nuestras vidas, ya sea a través de su expresión en el dolor, la tristeza, el sufrimiento que nos causa la pérdida de un ser querido, el enigma de nuestra finitud, las magnitudes de la crueldad humana.

La religión se ha ocupado durante siglos de comprender y dar respuesta a nuestro dolor, de hecho, pareciera que una de sus fuentes es precisamente el problema mismo del mal. Por otro lado tenemos que desde cierto punto de vista, la misma ciencia y en general cualquier afán de explicarnos racionalmente lo real parte del desasosiego y el malestar que nos produce el caos, el sin-sentido y el aparente azar de muchos de los eventos de nuestro acontecer en el mundo. Para la Filosofía por su parte, el problema del mal ha significado uno de sus retos más importantes a lo largo de su historia.

Julio Quesada nos propone en su más reciente obra *La filosofía y el mal* volver al problema metafísico del mal una vez más, para hacer un balance crítico de aquello que llama “nuestra difícil situación hermenéutica”, caracterizada por el surgimiento del pensamiento postmoderno que en vez de hacer frente al problema del mal, ya no digamos siquiera reconocerlo, se regodea en un pesimismo nihilista y superficial, que a juicio de Quesada es filosóficamente irresponsable y políticamente muy cuestionable.

Para ello vuelve sobre temas tratados en obras anteriores como *Ateísmo Difícil: a favor de occidente* (Finalista del Premio Anagrama 1994), *La belleza y los humillados* (Ariel 2001), *Un pensamiento intempestivo. Ontología, Estética y Política en F. Nietzsche* (Anthropos 1988), para consolidar una línea de pensamiento

que tiene que ver con cómo se piensa en Filosofía la expresión en la condición humana del problema del mal y sus consecuencias sobre todo en el plano político, con miras a la construcción de una ontología trágica con profundas raíces metafísicas y sesgos literarios, que posibilite pensar el presente más allá del nihilismo postmoderno.

Para lograr su objetivo, en un primer momento, tenemos un esquema general sobre el problema del mal en el pensamiento occidental, comenzando por una lectura actual y renovada del pensamiento aristotélico que bebe sobre todo de interpretaciones como las de Martha Nussbaum y Pierre Aubenque, que destacan el sentido de lo trágico en Aristóteles, la fragilidad de la condición humana y la atención hacia el mundo a través de los sentidos, frente a una tradición que tendría que ver con Platón que le niega realidad a lo sensible, a lo cambiante y al mal.

En una segunda etapa de este primer momento, Quesada nos ofrece una lectura atenta de algunos rasgos importantes del problema del mal en el pensamiento medieval, con especial atención a Agustín de Hipona y Tomás de Aquino. La tesis de Quesada es que si bien el pensamiento medieval reconoce el problema del mal, le niega realidad positiva, consolidando una tradición que es posible ubicar desde Platón a Agustín, y que encuentra un paralelo con las metafísicas de Leibniz y Hegel. Todas ellas caracterizadas por la pretensión de superar el problema del mal en función de una cierta idea de perfección. El mal es equiparado con el error, con la mera ausencia de bien, con el no-ser.

La tercera etapa de su análisis histórico tiene que ver precisamente con un estudio del problema metafísico del mal en el racionalismo de Leibniz y su continuación en Hegel, donde destaca este sentido metafísico de la historia y que al final “no hay mal que por bien no venga”. En Hegel vemos una clara secularización metafísica de la Providencia que acompaña el pensamiento occidental, en un optimismo injustificado en el progreso de la razón y la historia, que tendrán funestas consecuencias a partir del siglo XIX, con una expresión importante en el siglo XX. El mal en Hegel se convierte en un “mal necesario” pero que se recupera negativamente, como mero momento hacia su superación en la autoconciencia del espíritu absoluto.

El capítulo cuarto está dedicado a la argumentación moderna a favor de la realidad del mal, primero desde Montaigne y Voltaire, un poco como abrien-

do el camino a su tesis filosófica más importante que descansa sobre el largo apartado que le dedica a Kant.

El estudio sobre Kant es uno de los momentos de especial originalidad y dominio que nos presenta el autor en todo el libro, además de que en esta lectura que propone se articula el argumento metafísico fundamental a favor de la realidad del mal, sobre la base de un texto del periodo pre-crítico de Kant denominado *Ensayo para introducir las magnitudes negativas en filosofía*.

Al respecto de este importante texto nos dice el autor “Su intención era abordar un concepto muy conocido en matemáticas pero totalmente ajeno a la filosofía. Kant era consciente de que por primera vez la oposición de los contrarios recibía un tratamiento filosófico al margen de los prejuicios de la Teología y la Teodicea, situación que ha ocasionado multitud de fallos y de falsas interpretaciones” (p.196).

Hay una distinción en este texto entre oposición lógica y oposición real. La oposición lógica está fundada en el principio de no contradicción con la que Quesada caracteriza la metafísica de Platón y Agustín; en el caso de la oposición real, se trata de dos predicados de una cosa, que también se oponen, pero no en función del principio formal de no contradicción. La oposición real entre dos contrarios en realidad da por resultado precisamente “contrariedad”, pero no en el sentido de un polo positivo y uno negativo, sino en el sentido de dos positivities, o dos negatividades positivas que se enfrentan. Quesada además quiere destacar que no hay forma de superarlas como simples momentos en un despliegue que subsume la contrariedad en una síntesis final.

La negación que surge del principio de no contradicción sería la de carencia, si hay uno de los dos no está el otro, pero en el caso de la oposición real, la realidad de uno no niega necesariamente la realidad de su opuesto que es su contrario, aquí lo que va a suceder es que hay privación. La privación es una contraposición real y no simplemente una carencia.

La dicotomía entre el “bien” y “el mal” no es equiparable a la del ser y el no ser, sino que en el mundo real, en el de la carne, hay magnitudes negativas, expresiones del mal, que no pueden reducirse por algoritmos formales, ya sea de orientación dialéctica o deconstruccionista. El mal tiene realidad y su realidad excede a la razón basada en el principio de no contradicción, está en los límites del sentido, pero no por ello es menos real, por ejemplo, mi dolor y el sufrimiento ajeno.

En este apartado sobre Kant tenemos no sólo el seguimiento del opúsculo antes mencionado, sino que Quesada aventura una lectura integral de todo el programa crítico del filósofo de Königsberg en esta clave, confrontándolo sobre todo a Leibniz y a Hegel. Para establecer los fundamentos metafísicos de su noción del mal como una positividad real.

Al final de ese apartado aparece un excursus a propósito de la novela de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas* y el filme *Apocalypse Now* de Francis Ford Coppola, hacia una exploración literaria y cinematográfica de las tenebrosas profundidades de la maldad humana. Termina este apartado con una llamada de atención sobre lo que llama *El holocausto negro* y las barbaries del neocolonialismo en El Congo, y el origen siniestro del famoso Gas Mostaza.

Los dos últimos capítulos de su obra están destinados al presente. Destacan importantes notas críticas en torno a la postura política de Heidegger y un cuidadoso acercamiento a la expresión de este nazismo en su obra filosófica, sobre todo en la interpretación de Heidegger de la *Ética* de Aristóteles y su famoso *Ser y tiempo*. A Quesada le parece importante destacar esta situación dado el énfasis de la filosofía contemporánea por los temas hermenéuticos.

Después del momento crítico frente a Heidegger, hay un elogio del proyecto de la fenomenología de Husserl, donde se expresa un sentido de renovación del horizonte cultural humano, que tiene que ver con la vuelta al mundo de la vida pre-teórica de las relaciones cotidianas y del espacio público. Precisamente, una de las críticas más importantes que hace Quesada de la postura de Heidegger es el olvido del espacio público, que va a ser recuperado por su alumna Hannah Arendt. Sobre la base de estas motivaciones en torno a la renovación de occidente en el mundo de la vida, la vuelta a lo sensible, al cuerpo en el sentido de Merleau-Ponty, a esa carne que ninguna reflexión puede deconstruir, y en la recuperación del espacio público, Quesada configura su salida del nihilismo contemporáneo a través de su propuesta denominada *La razón histórico narrativa* que tiene su raíz en Miguel de Cervantes, José Ortega y Gasset y María Zambrano.

Frente al misticismo poético de Heidegger, mejor la novela —dice Quesada—, pues se trata del género narrativo en el que nos narramos en conjunto con otras historias que se cuentan y a través de las que contamos la nuestra, y que por ello, es el género narrativo que mejor expresa el sentido de

la democracia. La Democracia por otra parte es el sistema político más cercano a nuestra condición humana, en cuanto condición frágil que tiene que ver con salir a discutir lo que pensamos en público, frente a sistemas totalitarios de la orientación que sean, que no reconocen la fragilidad y la contingencia del saber y el proceder humano.

La salida al problema del mal no es la huida en los sueños de la razón que nos protege, sino una rebelión por el sentido, en el contar y narrar lo que pasa como reconocimiento crítico, en un confrontar y aceptar la realidad del mal, de una forma que no deja de recordar la rebelión del hombre frente al absurdo de Albert Camus. Con la conciencia trágica de la fragilidad de nuestras narraciones, la fragilidad del lenguaje siempre excedido por la patencia del mal.

La filosofía y el mal es una apuesta por el reconocimiento del problema del mal y la denuncia sobre la irresponsabilidad filosófica y política de aquellos que pretenden ya sea subsumirlo en algún esquema totalizante (la dialéctica como álgebra de la revolución) o sumirse en un quietismo nihilista que tampoco lleva a ninguna parte.